

Manuel G.
Sanchez-
Campillo

La línea
de asfalto

P

Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Umbral

OTROS TÍTULOS DE PARÉNTESIS EDITORIAL

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia, INMA PORTALO
Y JAVIER VILLANUEVA

Ulises y las sirenas. El dilema de la infidelidad, JESÚS COTTA

Hay chicos malos. El caso de Marta del Castillo, ALFONSO EGEA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne, LADY GREGORY

La sangre y el eco, JULIO MANUEL DE LA ROSA

Todas las mujeres, JOSE MARÍA CONGET

Los consulados del Más Allá, AQUILINO DUQUE

La fiebre de Siam, EDUARDO JORDÁ

Las historias gallegas, ÁLVARO CUNQUEIRO

La catedral, VICENTE BLASCO IBAÑEZ

Cuentos, LEOPOLDO LUGONES

Croquis a mano alzada y Las campanas de Antoñita

Cincodados, JULIO MANUEL DE LA ROSA

El misterio del mundo. Antología, FERNANDO PESSOA

Misión en Bucarest y otras narraciones, AGUSTÍN DE FOXÁ

El Domador, RAFAEL PÉREZ ESTRADA

Los agujeros negros, AQUILINO DUQUE

El aprendiz de emigrante, ROBERT LOUIS STEVENSON

Cartas de Nueva York, JOSÉ MARTÍ

Percusión, JOSÉ BALZA

La transformación, FRANZ KAFKA

El salvaje de Borneo, ALFREDO TAJÁN

Las penas del joven Werther, JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Ardeviejas, CARLOS JURADO CABALLERO
La ninfa y otros relatos, RUBÉN DARÍO

• **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno, JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo, EMILIO DURÁN

El centro de la Tierra, ANDRÉS PÉREZ DOMÍNGUEZ

El viento y la arena, ANTONIO REYES MATEO

Hildur, TONI MONTESINOS

Doménica, JOSÉ ÁNGEL CILLERUELO

La maldición del cronista, MARC GUAL

Sueños de libertad, CARLOS ALGORA

Horas para Wallada, MIGUEL ÁNGEL CÁLIZ

El año de Malandar, JUAN VILLA

La carpa de oro, CHARO PRADOS

El hombre encuadernado, BRUNO MESA

Mi vida sin Eva Gundersen, MANUEL J. RAMOS ORTEGA

El libro del sabor nuevo, ELENA RODRÍGUEZ

Pequeñas palabras, SALVADOR ROBLES

Campo de minas, CÉSAR ROMERO

Tierra raya, ANTÓNIO TRINIDAD

Cambio de sentido, MAR GÓMEZ GLEZ

Dieste, MARIO GÓMEZ LÓPEZ

Andábata, OLGA BERNAD

Premonición, PEPE CERVERA



Manuel G. Sánchez-Campillo. Nacido en Murcia en 1963, ha vivido en Alicante y actualmente reside en Fuengirola. Es licenciado en Filología Hispánica y profesor. Ha publicado las novelas *Maravillosamente enfermos* y *Ridículo*. Formó parte de la antología de cuentos *Arnadí* y de la selección de relatos del *I premio de cuentos Max Aub*. Ha escrito en las páginas de opinión de los diarios *La Opinión* y *Sur*, y ejerce la crítica literaria en las revistas *Per Abbat* y *Letra Internacional*.

1

Ahora sabía que siempre podría guardar la distancia consigo mismo, que había visto una barrera invisible en su interior, que se había establecido un perímetro de seguridad que no aseguraba nada, porque, una vez que la confianza en tu propio nombre, el de pila, se ha hecho añicos, entonces, ni a tu misma madre puedes encomendarte. Si quería, ahora podía hablar de sí mismo, o hablar de sí mismo como si fuera otro. Eres uno, y, de repente, te encuentras a uno que fuiste, pero que no has sido ni serás. Esto resulta algo lioso, sólo nos cabe el uso de las matemáticas. $1+(-1)=0$. Todo queda aclarado.

Su madre era una mujer que conseguía sacarle partido a cualquier cosa, incluso a lo peor. Quiso inculcárselo a su hijo y lo consiguió. Raimundo fue capaz de hacerse con una Chevrolet y, ayudado por un mecánico, de dejarla lista para emprender el viaje. Se sentía orgulloso de haber conseguido arrancar aquel motor. Hubo de cambiarle el embrague, las pastillas de los frenos y un par de neumáticos. La tapicería estaba bien. Para la chapa, no le llegó el dinero. Siguió descolorida, con esa pintura entre azul y morada. Quedó perfecta para él, para sacarlo de la postración en la que últimamente se encontraba. El tiempo que no empleaba en trabajar, lo pasaba leyendo o tumbado en el sofá mirando hacia arriba, al techo, sobre cuya blancura proyectaba las imágenes de sus lecturas desordenadas o las historias que él imaginaba por su cuenta, compuestas de rostros, palabras, paisajes que nunca pasaban del techo.

Podría haber elegido hacer el viaje en tren o en avión, llegar cuanto antes, acabar pronto y regresar; pero no, se había tomado unos días de sus vacaciones para hacerlo por la carretera, cambiar el techo del salón y el sofá por el volante y el asfalto en un vehículo con la dirección dura, al que se le escuchara el carraspeo del motor. De joven siempre le había gustado conducir durante las noches de verano. Cuando llevaba a alguna chica, esta siempre le decía que por qué no cambiaba el coche, que ya había hasta elevalunas eléctricos, que se le veía sudar cada vez que giraba el volante. Solía contestar que o bien los ancianos siempre tienen más cosas que contar, y a él le gustaba escuchar el motor, o que manejando un volante sin dirección asistida tenía la sensación de que doblegaba al coche; mientras que con los nuevos siempre había que llegar a un acuerdo de mutua colaboración. Ellas no continuaban la conversación, simplemente lo miraban con extrañeza, y a partir de ese momento ya sabía que muy lejos no llegaría con aquella chica.

La furgoneta estaba preparada; a él sólo le faltaba comprar lo necesario para el aseo y hacer el equipaje. Pensó en buscar un regalo para su madre y otro para su hermano; sin embargo, se le quitaron las ganas de recorrer tiendas; además, nunca había acertado con sus gustos. Se dijo que por el camino encontraría algún detalle para ellos. Compró algunos libros, más de los que iba a ser capaz de leer durante el viaje. En la librería encontró un amuleto para la furgoneta. Siempre había tenido uno para cada coche, aunque no tenía conciencia de que lo hubieran ayudado en nada, perdidos junto con los vehículos en los desguaces. Este era una magdalena con el nombre de Proust, la abría y sonaba *Para Elisa*. No sabía muy bien qué tenían que ver Proust y Beethoven, pero se quedó con él. Lo colgó del espejo retrovisor. No le llevó demasiado tiempo llenar la bolsa de viaje. Al salir con ella colgada del hombro, antes de cerrar la puerta del piso, miró su interior, las persianas bajadas, el techo oscuro. Le dio las dos vueltas a la cerradura. Colocó la bolsa en la parte de atrás de la furgoneta. Arrancó. El motor escupió un par de veces, se movió a derecha e izquierda para desentumecerse

y esperó tranquilamente a que Raimundo presionara el embrague. Por el retrovisor vio como el vecino del segundo, un anciano con muletas, se iba haciendo más pequeño.

—¡Ah!, mamá, eres tú.

—¿Te parece extraño que te llame tu madre?

—No, sólo he dicho ah-mamá-eres-tú.

—Y ¿qué quieres decir con eso?

—Nada que hacía tiempo que no me llamabas.

—Tampoco me llamas tú.

—Ya, lo siento... ¿Cómo te encuentras?

—Regular, hijo, regular.

—¿Qué te ocurre?

—Parece mentira que no lo sepas.

—Lo sé, lo sé, lo que pasa es que como son varios los achaques que tienes, pues no sabía cuál era el que ahora..., que, a lo mejor, estás peor de uno que de otro...; en fin, que la cadera o...

—No es la cadera, hijo, es todo, no es esto o lo otro, es todo, ¿lo entiendes?... Todo.

—Sí, ya, ya te entiendo. Lo siento mucho... Y... ¿cómo estás?

—Regular, bastante regular, cada vez peor. Que te lo diga tu hermano que es el que conoce el día a día. El sí es consciente de mis dolores. Por eso quería hablar contigo.

—Sí, dime, ¿quieres que haga algo por ti?

—En cualquier momento de estos, me moriré.

—Bueno, ¿tan grave es?

—Siempre ha sido grave, siempre lo ha sido, pero no es por mi salud por lo que quiero que vengas, para ti nunca fue un motivo suficiente... Ha habido muchas semanas malas de las que ni te has enterado, y otras, de las que sólo me has dicho por teléfono que lo sentías...

—Lo siento, mamá.

—La razón de mi llamada es otra. Quiero que vengas. Te lo digo con la mayor rotundidad. Tengo algo que contarte, algo que no te puedo decir por teléfono y que, si tienes un poco de sensibilidad, te ayudará a comprender a tu madre.

—¿No me puedes adelantar algo? ¿De qué se trata?

—No, has de estar aquí. Ni tu hermano conoce de qué va. Nadie lo ha sabido en todos estos años, ni siquiera tu padre. Fíjate en lo que te digo, ni a tu padre se lo he dicho. Tal vez, después de ti, podamos contárselo a tu hermano, aunque, hasta entonces, nada; y eso que para nosotros no hay secretos, pero esto... es otra cosa. Sabrás más que él de lo que ha sido mi vida.

—Vale, iré a verte. ¿Necesitas algo?

—Que vengas.

—Está bien. Dale recuerdos a mi hermano, a su mujer, a los niños.

—¿Has hablado con ellos?

—La verdad es que hace tiempo...

—Siempre está atento conmigo; bueno, he de decir que todos ellos.

—Sí, son muy buenos.

—Te espero.

—Sí, sí.

Llovía. Incluso el limpiaparabrisas hacía ruido, funcionaba perfectamente y cumplía su finalidad, pero desde las afueras de la ciudad, cuando lo había puesto en marcha, venían las escobillas arrastrándose por el cristal y dando saltitos, provocando una mezcla de ruidos de goma y chirridos metálicos que complementaban a todos los demás que se iban distribuyendo por las distintas piezas de la furgoneta. Lo que para los demás podría resultar un coñazo, Raimundo lo imaginaba como una orquesta de viento y percusión en movimiento. Al cabo de un rato decidió sustituirla por la radio. Escuchó algunas cancioncillas en distintas emisoras, se detuvo en un programa en el que hacían gracias, y en otro que también, y en otro, aunque ninguno de ellos le hizo soltar una carcajada. Dejó uno, sin hacerle caso, de voces deformadas y risitas. Pensó que eran mucho más repetitivas que los ruidos de la furgoneta. Vio una bandada de pájaros, árboles aislados, solitarios mirando al cielo, los restos de

un animal muerto en el arcén, una botella de plástico arrugada, un trozo abandonado de valla metálica, podría ser verano, también invierno, podría ser otro fragmento de víscera, o no.

Se detuvo en un bar de carretera. Sentado en una banqueta, pidió un cortado y encendió un cigarrillo. El humo ascendió hacia los focos de luz que iluminaban la barra, el resto del local estaba a oscuras y vacío. Llegaron algunos detrás de él, clientes habituales a los que no había que preguntar lo que querían; sin mediar palabra el camarero les iba sirviendo el tipo de café y la copa que deseaban. Algunos hablaban en voz alta del tiempo que hacía fuera y de un suceso local; a otros no les merecía la pena vencer la pereza de la mañana para participar en la conversación. Entró alguien que se quedó mirando desde la puerta. Repitió el gesto más cerca, desde la barra. Luego le preguntaba al camarero si alguien iba a un pueblo del que dio varias indicaciones, aunque enseguida lo volvió a decir en voz alta para todos. La mayoría no contestó, algunos respondieron que no, y Raimundo se unió a los primeros a pesar de que aquel lugar estaba en su camino. El tipo se excusó asegurando que no había nada raro ni peligroso, sólo quería hablar con alguien que se dirigiera hacia allá. Silencio. Raimundo había apagado el cigarrillo, pagó su consumición y se bebió un vaso de agua. El retrete olía a pastillas de alcanfor, no le resultó desagradable, ni el regusto de café fuerte que le había manchado la lengua sin que el agua pudiera borrarlo. Frente al espejo se limpió la punta de la nariz y el marrón de los labios. Al salir, notaba que el tipo se le quedaba mirando, recorriendo todo su camino hasta la puerta. Arrancó la furgoneta. Tuvo que hacer algunas maniobras para dejar el aparcamiento, todavía no había conseguido la suficiente habilidad marcha atrás. Aceleró en la carretera obligando al motor a que gruñera antes de cambiar de marcha hasta llegar a la cuarta. En la radio seguían las mismas risitas.

También funcionaba la calefacción. Tarareaba una rumba de Camarón, *La primavera*, cuando se dio cuenta de que un coche lo seguía desde hacía tiempo. Se le reconocía porque era un modelo viejo que intentaba pegarse a él, a pesar de que si acelerara sería fácil dejarlo atrás. A ello jugó con él varias veces, y se percató de que

buscaba alcanzarlo. Le vino a la cabeza la imagen de alguna película, una de Spielberg con un camión convertido en una amenaza. Sin embargo, no sentía temor; inquietud, más por curiosidad que por miedo. En realidad, era como un viejo rogando a otro que no lo dejara solo, y precisamente no son los ancianos los que más asustan. Fue dejando que se acercara para lograr ver al conductor por el espejo. Tuvo que repetir la operación, mover la cabeza a un lado y a otro hasta que creyó distinguir al tipo del bar, el que se le había quedado mirando. Entonces sí se sorprendió. Mientras había hecho las maniobras para sacar la furgoneta del aparcamiento, a aquel le había dado tiempo de subirse a su coche y colocarse detrás. Quizás, si verdaderamente era él, se quedaría allí hasta que llegaran al pueblo que había nombrado, en realidad, un barrio de la ciudad a la que se dirigía. No aceleró. Siguió mirando de vez en cuando para confirmarlo. Casi seguro que era aquel hombre de unos cuarenta o cuarenta y tantos, bastante calvo, nervioso, delgado, de una altura similar a la suya, incapaz de mantener la cabeza quieta. Se tendría que haber dado cuenta de que lo había descubierto, de que iba a comenzar a jugar con él otra vez acelerando y esperándolo cuando ya se hubiera convertido en un puntito negro, poniéndolo nervioso cuando un coche lo adelantaba y se interponía entre los dos hasta que él le permitiera pasar adelante. De hecho, daba la impresión de que, pegado a su parachoques, se relajaba. Recorrieron un largo trayecto hasta que Raimundo tomó la decisión de parar. No le era necesario llenar el depósito, pero se detuvo en una gasolinera para comprobar, desde dentro de la furgoneta, la reacción de aquel tipo. Efectivamente, dio un frenazo junto a uno de los surtidores. Se miraron de reojo desde los vehículos. Parecía imitar cada uno de sus pasos: abrir la puerta y bajarse, el tapón del depósito, marcar la cantidad en el surtidor, coger y devolver la manguera. Sin embargo, fue él el que abordaba a Raimundo después de haber pasado por la caja y haberlo examinado con descaro de arriba abajo. Saludaba con cortesía y pedía perdón por lo que había hecho. Él era el del bar, ¿recordaba? Raimundo lo miraba con cautela. Le podía parecer extraño, muy extraña su actitud de seguirlo desde entonces, de

detenerse en la misma gasolinera, aunque no habría de tener miedo, no era un perturbado, ni siquiera un hombre con mucha fuerza física.

—Y, entonces, ¿qué quiere? Poca gente se dedica a perseguir a cualquiera por las carreteras —con desdén.

—Comprendo su estado actual de sorpresa e incertidumbre, supongo que a mí me sucedería lo mismo; sin embargo, hay un motivo, un porqué —con exquisita pronunciación.

—¿Cuál es ese motivo?

—No me resulta fácil verbalizarlo, pero ha de saber que en nada tiene que ver con usted... Es mío, de mi propio funcionamiento psicológico. Tal vez no sea ahora el momento de explicarlo, tal vez tenga prisa; no obstante, mi deseo sería que me permitiera continuar haciendo lo mismo, es decir, permanecer detrás de usted. Si pasa por el pueblo al que voy, perfecto, si se queda antes, encontraré a otro a quien pegarme.

—¿Cómo! ¿Que tengo que llevarlo a usted detrás durante todo el camino! Y ¿dice que no está loco?

—No, no lo estoy. No niego un trastorno, mas no hago mal a nadie. ¿Acaso está prohibido circular detrás de otro vehículo?

—Me estoy poniendo algo nervioso: Que si no está loco, que si un trastorno, que si me sigue, que si no está prohibido. Quitémonos de aquí en medio, aclare lo que quiera y que cada uno siga su propio camino.

IR A LA FICHA DEL LIBRO

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**